

y ensayista ha opacado con visible injusticia al poeta que siempre ha sido, desde la edad en que Carriego lo conoció en Palermo hasta hoy. Y hoy Borges está por el poeta.

Borges evidentemente ha querido hacer una selección bien objetiva de su obra, dentro de la relativa objetividad que puede ser dada al creador con sus criaturas. La poesía de Borges tiene mucho pensamiento; se la podría llamar "pensarosa", si el propio Borges no se hubiera adelantado a definirla: "He tratado en fuertes palabras ese mi pensativo sentir, que pudo haberse disipado en sola ternura" (*Luna de enfrente*). Quizá por miedo a la ternura ha rechazado en la selección las poesías de su personal y las deicadas "a los antepasados de mi sangre", la poesía amorosa y autobiográfica, para sólo recoger algunas muestras de sus primeros libros (casi todas reclamadas ya por las antologías) y la mayor parte de los poemas ofrendados "a los antepasados de mi espíritu", si se exceptúan los dos últimos: "Página para recordar al coronel Suárez" y "Mateo xxv, 30". Con todo, la antología no es arbitraria; recordemos al Borges de la misma *Luna de enfrente* que formula esta fervorosa solicitud: "Yo solicito de mi verso que no me contradiga, y es mucho. / Que no sea persistencia de hermosura, pero sí de certeza espiritual."

"Certeza espiritual", "antepasados de mi espíritu", parecen ser la clave de esa "pensarosa" y objetiva antología de una parte de Borges. Pero, oh "persistencia de hermosura", inútil será negar o celebrar "La Recoleta", "Calle desconocida", "El truco", "La guitarra", de *Fervor de Buenos Aires*; "Amorosa antici-

pación", "Jactancia de quietud", "Casi Juicio Final", "Mi vida entera", de *Luna de enfrente*; "La noche que en el Sur lo velaron", "A la doctrina de pasión de tu voz" y "El Paseo de Julio", del *Cuaderno San Martín*. Plenas realizaciones de la otra cara de la moneda, de acuerdo o no con Borges.

Y también anticipaciones, gérmenes, premonición y profecía de la prosa y la lengua más celebrada de Borges, lo mismo que de la poesía postrera en que él goza reconocerse. "Casi Juicio Final" y "Mi vida entera" son las primeras partes de "Mateo xxv, 30". "La guitarra" (y da pena decir que mi Ana María Barrenechea mi James E. Irby han reparado en esto, y menos los pequeños Borges que ya pululan) es el primer "zahir", el primer "aleph" de Borges.

Aunque Borges sometió "La guitarra" a una revisión considerable al juntar los *Poemas* de 1943, tal como hoy se la conoce en las reediciones sucesivas, es tal la fuerza del golpe inicial que las variantes posteriores, que alguna vez daremos a conocer, mantienen el mismo arrebatado intuitivo. Todo el poema está montado sobre el verbo *ver*. Nueve *vi* son muchos en un poema relativamente breve, pero unifican la dispersión enumerativa y llegan a concentrarse en estos versos: "De un tirón *vi* todo eso / mientras se desesperaban las cuerdas / en un compás tan zarandeado como éste." Recuérdese todo lo que converge en el "aleph", aquella "pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor". Allí la enumeración dura dos páginas, justamente termina a la aparición de Beatriz Viterbo. En "La guitarra", entre un paréntesis por más emotividad, concluye la visión: "(La *vi* también a ella, / cuyo recuerdo aguarda en toda música)".

mucho más que un resumen y anuncia el análisis histórico, económico y social del pensamiento de España.

No es de menor importancia el segundo volumen de este libro que recomendamos tanto a españoles como a franceses. En él, Alain Guy ha querido presentar y con éxito, una antología del pensamiento español de Lulio a Eduardo Nicol. Algunos de los textos son importantes por su rareza —Miguel Sabuco, por ejemplo—; otros por su novedad. Todos porque llegan al centro mismo del pensamiento de cada autor.

Leamos cuidadosamente estos dos volúmenes (me permito recomendar especialmente la parte "moderna" del primer tomo) y descubriremos que un francés, profesor de Tolosa, viene a darnos a todos —españoles, hispanoamericanos— una nueva lección de entendimiento de un mundo "nuestro" que gracias a Alain Guy vuelve a su lugar propio en la cultura universal de nuestros días.

* Alain Guy, *Les philosophes espagnols d'hier et d'aujourd'hui*, tomo I: Epoques et auteurs; tomo II: Textes choisis, Privat, Editeur, Toulouse, Francia, 1956-1957.



RUDOLF CARNAP, *La superación de la metafísica por medio del análisis lógico del lenguaje*. Cuaderno Núm. 10. Centro de Estudios Filosóficos. Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.

LIBROS

ALAIN GUY Y LA LITERATURA ESPAÑOLA*

Por Ramón XIRAU

LAS LETRAS españolas han corrido con buena suerte entre los especialistas de Francia. Morel Fatio, Jean Baruzi, Jean Sarrailh, Bataillon... serían nombres suficientes para que recordáramos momentos definitivos en la investigación de las letras hispánicas. No había tenido la misma suerte la filosofía española, algo relegada a un segundo plano por investigadores franceses, extranjeros en general y, ¿por qué no decirlo? también españoles. El libro de Alain Guy, profesor de la Universidad de Tolosa, que aquí comentamos tiene la doble importancia de las obras que valen por sí mismas y que inauguran brechas e inician caminos.

"Ha llegado el tiempo —dice el autor— de dar al pensamiento español una audiencia directa, sin interposición de leyendas deformadoras o de caricaturas simplificantes." Este propósito, anunciado desde las primeras líneas, se cumple con creces. Alain Guy, que no pretende escribir una historia de la filosofía española, presenta, cronológicamente, en el primer tomo de este libro, a una buena serie de grandes filósofos de Es-

paña. Dedicó páginas brillantes a Lulio y Sabunde —tan cercano a la Francia de Montaigne—; analiza con claridad las ideas de Vitoria, Vives, Pérez de Oliva y Fray Luis; estudia con novedad a Juan Huarte y a Miguel Sabuco —cuando todavía las ediciones de la Biblioteca de Autores Españoles consideran que Don Miguel fue una mujer—, culmina su investigación de los clásicos con la obra de Mariana y la "summa" de Suárez. En el siglo XVIII incluye, naturalmente, a Feijóo, pero no olvida a Andrés Piquer —tan olvidado y tan importante para el estudio de la lógica en España!—. La mayor parte del libro está dedicada al estudio de los modernos: de Turró a Ors, de San del Río a García Bacca, de Ortega y Unamuno, a Xirau, Zubiri José Gaos. En algunos casos nos revela la presencia de nuevos pensadores de importancia —por ejemplo Jorge Pérez Ballester— que la distancia y la diferencia de clima social nos hace desconocer ahora que su filosofía adquiere ya un lugar importante en España.

El resumen que modestamente el autor se permite llamar "conclusión" es

CUANDO en la segunda mitad del siglo XIX se difunde ampliamente la idea del desarrollo dialéctico, idea fundamentada principalmente en la teoría de la evolución de Darwin, los defensores de la metafísica se vieron obligados a abandonar antiguas posiciones, que negaban abiertamente la existencia del desarrollo, y establecieron la discusión en torno a la manera de entenderlo. Fue H. Spencer quien elaboró un sistema para esta nueva actitud metafísica. El desarrollo, según Spencer, se produce en el plano de las cantidades y no en el de las calidades. Su teoría del "evolucionismo plano" ejerció gran influencia sobre las corrientes positivistas en la filosofía y en las ciencias y, más tarde, sobre la "evolución creadora", tesis metafísica que dominó el panorama filosófico occidental de principios de siglo y que consideraba el desarrollo como una constante iniciación de nuevas formas, es decir, como una constante transformación cualitativa.

Pero aunque la metafísica crea una y otra vez métodos de análisis para oponerse a la concepción dialéctica del mundo, irremediablemente tiende a explicar la "verdadera" esencia supersensorial del ser y esto la obliga a alejarse de las ciencias, puntal del materialismo. Por otro lado, el materialismo penetra de manera más profunda dentro de los fenómenos, porque en cada uno acepta los cambios